

# Ciudadanismo

Nº 31 Año I  
31 de Enero de 2007

## EDITORIAL

### EL SILENCIO DE LOS CORDEROS

Va aumentando el número de los que sufren la pesadilla de los corderos que no callan mientras son conducidos al matadero. Y seguramente esta pesadilla forma parte inseparable de su adhesión cada vez más íntima a los verdugos y su aversión cada vez más visceral a las víctimas.

Es natural que quien se pasa al bando del matarife y del desollador y primero los comprende, luego los ama y al final acaba abrazado a ellos; es natural que ese tal acabe detestando el balido de los corderos; es natural que ese tumulto le taladre las meninges y le envenene los sesos.

¿Qué tiene pues de extraño que Otegui, Ibarreche y Zapatero coincidan en soportar cada vez peor al clamor de las víctimas, si los tres están en el mismo bando? Cada vez les pone más histéricos ese clamor, sobre todo a los que un día que parece ya muy lejano estuvieron junto a las víctimas. Parece, sólo parece que ese fue quizá el caso de Ibarreche en tiempos imposibles ya de precisar. Y parece (cada vez se percibe más como apariencia que como realidad) que también Zapatero, en tiempos no muy remotos, estuvo en el bando de las víctimas, aunque tampoco nadie sabe cuánto, cuantísimo tiempo hace que se pasó al bando de los verdugos.

A los tres les desazona el clamor de los corderos. Los tres coinciden en un idílico sueño que les traiga la paz a sus almas atormentadas. Su paz es el silencio de los corderos. Cada uno tiene una fórmula distinta para silenciarlos, pero cada vez se acercan más sus posiciones. ¿Adivinan a quién se acercan? El último llegado no tiene más que cerrar los oídos ahora y los ojos luego. Y así saciará plenamente sus ansias infinitas de paz. ■

## CUERDOS DE ATAR

Es cierto que es el Foro de Ermua quien ha llevado a Ibarreche al banquillo. Es muy cierto. Es evidente que a Ibarreche no le han de caer nada bien los vascos que forman parte de ese foro, porque exigen responsabilidades de su conducta ante la justicia. Pero que a pesar de eso diga el Presidente de todos los vascos que los miembros del Foro de Ermua siembran odio, rencor y discordia entre la población vasca, suena totalmente surrealista.

Según la doctrina oficial, no sólo en la Comunidad Autónoma vasca y en sus instituciones, sino también en buena parte de los medios de comunicación del resto de España y en el gobierno de la nación, resulta que los amigos de la paz y de la concordia entre los vascos son Arnaldo Otegui, De Juana Chaos y demás miembros del conglomerado Etabatasuno. Incluidos entre ellos, claro está, los que en ese sistema cumplen la función de mantener el terrorismo que dicen de baja intensidad en las calles, los que acosan a las víctimas en sus casas y en los lugares de trabajo; y también, cómo no, los héroes que cometen atentados como el reciente de Barajas, asesinatos (o accidentes) incluidos.

Y ese disparate es doctrina oficial. Y la proclama Iba-

rrache sin el menor rubor. Y comulgan devotamente con ella miles de vascos, y no todos etabatasunos. Y esa mancha de pez (de pez, no de paz) se extiende como una marea negra más allá del país Vasco por los ámbitos bienpensantes que aún se creen librepensadores. Para todos éstos, resulta que los buenos son los que se han dedicado al asesinato, al robo, a la extorsión, al acoso, al secuestro, a la presión torturadora a centenares de miles de conciudadanos para obligarles a desterrarse "voluntariamente". Esos son los buenos. Y tan evidente es para todos ellos, que es ocioso discutirlo.

¿Ocioso? ¡Qué va!, sumamente pernicioso para la salud mental, puesto que, como proclama el propio Ibarreche, esas cosas sólo pueden ocurrir en un país de locos. Diagnóstico genial, pero no original. El padrecito Stalin decidió que la única explicación de que alguien se resistiese a abrazar la deslumbrante verdad comunista, era que no estaba en su sano juicio. La solución para tan nociva y contagiosa locura, era el manicomio. Pero no fue ese el único. Su coetáneo Hitler abundaba en la misma opinión respecto a su régimen. Sólo un loco de remate podía desconocer la verdad cautivadora del nacionalsocialismo. Por eso, también para

éstos el tratamiento era el manicomio. ¡Pobre Ibarreche!, le ha tocado vivir en un país de locos: los pacíficos molinos de viento se le han convertido en malignos gigantes.

¿Y dónde está la cordura? Pues resulta que la cordura oficial está en que las desalmadas víctimas de la opresión, del destierro y de la muerte en vida y fuera de la vida que les impone la construcción de la Nación Vasca, esas víctimas han perdido la decencia y la mesura, y se han atrevido a salirse del papel que les tiene asignado la sagrada historia de la Nación. ¿Sólo eso? ¡Qué va!, han perdido la cordura creyéndose que se podían enfrentar nada más y nada menos que al Lehendakari de todos los vascos (colectivo al que evidentemente ellos no pertenecen). Y encima enfrentarse a él invocando leyes españolas. ¡Que locura, qué despropósito! ¡Efectivamente, ese es un país de locos!

Corderos conducidos al matadero, a los que no les da la gana ir en silencio. Y por eso, porque no quieren ir en silencio al matadero, va y dice el Lendakari de todos los vascos que esos, los del Foro de Ermua, siembran el odio, el rencor y la discordia entre los vascos. El Lendakari, muy astuto pero nada original, que en eso se le adelan-

## VENGANZA

taron otros expertos en esos manejos, incita a los “vascos y vascas” a condenar como algo abyecto e indigno de un vasco y una vasca de bien, la compasión por las víctimas. Les inculca el desprecio primero, y luego el odio a las víctimas, para cerrar el ciclo de la justificación de los crímenes contra ellas. He ahí cómo se vende la buena conciencia vasca. ¿Les va sonando?

Les empieza a taladrar tanto balido de los corderos llevados al matadero. Hay que acallarlos como sea, dice el Lehendakari; de lo contrario, nunca llegará la paz. ¡Qué cosas!, ¿no? Al Lehendakari le están volviendo loco los balidos de los corderos, no le dan descanso, son el peor obstáculo para su paz. Son los malos de la película. Si al menos tuvieran la discreción de pasar por ella en silencio... Si por ellos fuera, hasta serían capaces de crearle mala conciencia por fungir de colaborador indispensable para que Etabatasuna pueda ejercer su oficio con la máxima eficacia.

Pero no, a estas alturas de la película los asesinos no están solos: como en la historia sagrada del pueblo que más admiran y al que suspiran en parecerse, a imitación de sus ídolos, han decidido lapidar entre todos a quienes deben ser extirpados del Pueblo para que no lo contaminen: hasta los niños les han arrojado su piedra. Y los menos esforzados se han conformado con ir a profanar sus tumbas. Las víctimas son víctimas de todos: todos han participado en el holocausto. El Lehendakari oficia la ceremonia

de sacralización del sacrificio: para que el Pueblo se salve, ha de ofrecer a sus divinidades las víctimas que éstas exigen. Pero eso sí, todo el Pueblo a una. ¿Está claro?

He ahí la cordura por la que suspira el Lehendakari: los corderos, en silencio al matadero, que tanto balido desdora la majestad del sacrificio. Y los sagrados héroes, a proseguir en su gesta convertida en glorioso ritual. Todo el mundo va contra dirección, mientras ellos son los que van por el carril correcto. Y a quien no se aparte, lo atropellan. Ellos tienen razón, ellos son los cuerdos, y locos los demás.

Han conseguido que cada vez sean más los que dejándose arrastrar por ellos van contra dirección. También lo consiguieron otros que llenaban trenes de corderos (éstos sí, silenciosos) para llevarlos al matadero. Fueron muchísimos los que se dejaron arrastrar contra dirección. Pero eso no los hizo cuerdos ni a ellos ni a quienes les siguieron. La cordura no la dan ni la multitud del Pueblo sacrificador, ni el silencio de los corderos sacrificados.

He ahí una multitud cada vez más crecida de cuerdos de atar. Son cuerdos a los que no se puede dejar sueltos: son peligrosos. Pero los corderos, ¡tamaño atrevimiento!, se les han subido a las barbas. Y aunque no hagan otra cosa, como aquellos otros corderos del holocausto, se han empeñado en vivir para dar testimonio de la loca cordura de sus verdugos. ■

Mariano Arnal

La venganza no es un capricho, es una pasión que, como las demás pasiones, ayuda a vivir y a morir. Es un deber tribal cuya razón de ser es fomentar el respeto a la tribu, a la familia, a la nación... La venganza, no perdamos la perspectiva, es un deber de los deudos para con el ultrajado. Siempre es un tercero el que tiene el **deber** de vengar. El problema siempre ha sido cómo detener el círculo vicioso de la venganza. Porque cierto es que ésta se instituyó para frenar y disuadir al agresor. Ahora bien, la venganza que lo único que consigue es estimularlo, acaba yendo contra su propio objetivo. Por eso la civilización ha ido poniendo freno a la venganza (empezó Moisés instituyendo las ciudades de asilo para los homicidios involuntarios), hasta ponerla finalmente en manos de los jueces, que son los llamados a encontrar el punto de equilibrio entre la venganza disuasoria y la venganza provocadora.

Es tan cierto que la **justicia** es esencialmente **venganza** (pero una venganza que persigue detener la sucesión interminable de venganzas), que en griego se llaman prácticamente igual: *δικη* (*díke*) se llama la justicia, y *εκδικη* (*ekdíke*) se llama la venganza. ¿Algo raro? En absoluto. Más aún, en este caso el prefijo *εκ* tiene toda la pinta de funcionar de refuerzo de *δικη*, con lo que es más que probable que al formar la palabra, los griegos estuvieran pensando que en realidad la venganza es la justicia más completa y más absoluta. Y esto es así porque la propia *δικη* (*díke*) es polisémica. Significa al mismo tiempo y con la misma legitimidad **justicia** y **venganza** (y al mismo tiempo el significado anterior a justicia, que es “uso, costumbre”). Al alejarse los contenidos de la justicia y de la venganza, necesitaron crear una palabra distinta para cada una de ellas. ¿Y qué hicieron? Pues que a la justicia la llamaron “justicia” a secas, (*δικη*) y a la venganza, “justicia total” (*εκδικη*). Eso es lo que da de sí el análisis léxico. No se menciona explícitamente la fuerza como en el latín *vindictio*, de donde salió nuestra **venganza**, pero determina que la máxima justicia es la **venganza**.

Es, por tanto, oficio de la justicia el de canalizar la venganza. Aquellos a quienes la fortuna ha convertido en vencedores (siempre he tenido la sospecha de que *vincere* = vencer y *vincire* = atar, son dos formas de lo mismo), si no exterminaron a sus enemigos en la guerra ya no deben hacerlo luego. La sed de venganza que quede, ha de saciarla a partir de ahora la justicia. Hay que buscar las cabezas de turco, los chivos expiatorios y organizar con ellos la ceremonia de la venganza, con toda su parafernalia, y cuanto más larga mejor, para dar tiempo a que entretanto se apaguen las llamas, de manera que se salde la operación con el menor número de víctimas posible. Se trata de apagar el fuego, no de avivarlo. Parece que eso es precisamente lo que pretendió la justicia desde que se inventó. Y apagar el fuego requiere por una parte disuadir a los pirómanos, y por otra no irritarlos. Para eso tiene una balanza la justicia: para sopesar cuánto ha de poner en el platillo de la venganza, y cuánto en el del perdón y el olvido. ■

de elalmanaque.com